

harán por su gloria, que de nadie querrán depender sino de él, ni vivir sino en él y para él, ni tener fuerza, movimiento ni virtud sino de él; en una palabra, que le adorarán, que le amarán de un modo infinitamente mas espiritual, mas íntimo, mas universal que los paganos adoraron á sus ídolos. Esto no seria ser profeta; aun sus parientes segun la carne blasfeman y le tienen por un frenético é insensato, que á los sueños de un espíritu enfurecido les da el peso y realidad de revelaciones y misterios. *Quoniam in furorem versus est.*¹

A esto llega, católicos, la incredulidad. Destruid el fundamento de que nuestro Señor Jesucristo es Hijo eterno de Dios vivo, y cae todo el edificio: quitad este gran misterio de piedad, y toda la religion es un sueño; apartad de la doctrina de los cristianos á Jesucristo Dios y hombre, y apartareis todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad. ¿Qué celo no manifestaron, católicos, los primeros discípulos del Evangelio contra aquellos impíos que desde entonces se atrevieron á hacer guerra á la gloria de la divinidad de su Maestro? Bien conocian que esto era acometer al corazon de la religion, que era quitarlos toda la firmeza de sus persecuciones y trabajos, toda la seguridad de las promesas futuras, toda la grandeza y nobleza en sus pretensiones, y que trastornado una vez este principio, toda la religion se desvanecia en humo, sin ser mas que una doctrina humana y una secta de un hombre mortal, que como otros jefes no hubiera dejado mas que su nombre á sus discípulos.

Aun por eso, católicos, los mismos paganos reprendian á los cristianos de que tributaban honores divinos á

¹ Marc. 3, v. 21.

su Cristo. Un procónsul romano¹ célebre por sus escritos, refiriendo al emperador Trajano sus costumbres y doctrina, despues de verse precisado á confesar que los cristianos eran hombres justos, inocentes, equitativos, y que se juntaban antes de salir el sol, no para empeñarse en cometer delitos ni para turbar la tranquilidad del imperio, sino para vivir con piedad y con justicia, para desterrar los fraudes, los adulterios, el deseo de los bienes ajenos; solamente les arguye de que cantan himnos y cánticos en honra de su Cristo y de que le tributan los mismos honores que á Dios. Si estos primeros fieles no hubieran tributado honores divinos á Jesucristo, se hubieran justificado de esta calumnia, hubieran quitado este escándalo de su religion, que era casi el único que alteraba el celo de los judíos y la sabiduría de los gentiles; hubieran dicho con claridad: nosotros no adoramos á Jesucristo ni intentamos dar á la criatura los honores y culto que es debido á solo Dios. Con todo eso, no se defienden contra esta acusacion. Sus apologistas refutan las demás calumnias con que querian los paganos manchar su doctrina; de todo lo demás se justifican, aclaran, confunden las mas ligeras acusaciones, y sus apologías dirigidas al senado se admiran hasta en Roma y tapan la boca á sus enemigos, y sobre la acusacion de idolatrar en Jesucristo, que seria la mas temible y horrosa, sobre el cargo que se les hace de adorar á un crucificado, que era el mayor y mas capaz de desacreditarlos, y que tambien debia ser el mas sensible á unos hombres tan santos, tan opuestos á la idolatría, tan celosos de la gloria de Dios, no hablan palabra, no se defienden, justifican esta acusacion con el silencio, ¿qué digo silencio? la autorizan

¹ Plin. Ep. I. v. 1.

cuando hablan de Jesucristo padeciendo por su nombre, muriendo por él, confesándola en presencia de los tiranos, espirando con alegría sobre los cadalsos, con la esperanza que los consuela de ir á gozar de él y de hallar en su seno una vida más inmortal que la que perdian por su gloria. Padecian el martirio antes que doblar la rodilla á la estatua de los Césares, y aun antes que permitir que los amigos que tenian entre los paganos, movidos de una humana compasion y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los magistrados, que habian ofrecido incienso á los ídolos: ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesucristo sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto; antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dar lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? Y si fuera error el creer que Jesucristo es igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos mártires y convertido todo el universo.

¿Pero qué fruto puede sacarse de este discurso, católicos? El que Jesucristo es el grande objeto de la piedad de los cristianos, y con todo eso, apenas conocemos á Jesucristo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad son, por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fe y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad. Que el meditar continuamente en Jesucristo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones y no contar sino con el mérito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia y la obligacion más esencial de un fiel. Acordaos, pues, católicos, de que la piedad para con Jesucristo es el

espíritu íntimo de la religion cristiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levantaiis sobre este fundamento, y que el principal respeto que os pide es que os parezcáis á él y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza, seais del número de los participantes de su gloria. Amen.

